

DISCURSO DE INCORPORACIÓN

**DISCURSO DE INCORPORACIÓN DE
DON HÉCTOR BENCOMO BARRIOS**
como Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia

BOLÍVAR Y SUCRE EN LA EMANCIPACIÓN DEL PERÚ

Introducción

En primer lugar, permítanme que exprese aquí mi gratitud a los señores académicos, hoy mis colegas, por la cordialidad con que me han tratado durante todos estos años de honrosa camaradería. Agradezco también la distinción dispensada a mi persona al incluirme entre sus colegas. No debo pasar por alto la manifestación de mi gratitud a don Rafael Armando Rojas, don Ramón J. Velásquez y don Ildfonso Leal, firmantes de la carta de mi presentación ante la corporación que hoy me tiende sus brazos. Por ello, muchas gracias.

De cuantos episodios históricos relacionados con América Hispana, por muchas razones los correspondientes a la independencia del Perú se hallan entre los más interesantes. Tales razones serán expuestas en el presente trabajo, el cual es una síntesis de la obra *La emancipación del Perú*, de la autoría de quien tiene el honor de hablar ante tan selecta concurrencia. El 9 de diciembre de 2004 fueron conmemorados los 180 años de la batalla de Ayacucho; de un encuentro, notable no sólo por sus bondades tácticas sino por la gran trascendencia: el final de la búsqueda de independencia y soberanía por mucho tiempo anhelada. Pero antes de entrar en materia deseo recordar al doctor Don Pedro Grases, titular del sillón cuya ocupación me llena de orgullo y honda satisfacción

Unas palabras acerca de mi distinguido antecesor

Tarea nada fácil es la exposición, en pocas líneas, de las ejecutorias de Don Pedro Grases pues, para ello no bastaría un denso volumen. Nació en España pero, por voluntad propia, adoptó el gentilicio venezolano, con cuya decisión cerró filas con los máximos exponentes de la cultura, de manera particular lo que atañe a la palabra impresa, notable por la gran variedad de temas: biografías,

ensayos, prólogos, estudios preliminares, investigación, crítica histórica, crítica literaria. Son raras las publicaciones donde no aparece Don Pedro, de una manera o de otra. Con Don Manuel Pérez Vila formó equipo para la redacción de los doce primeros volúmenes de esa colección de reconocidos méritos llamada *Escritos del Libertador*. Su nombre lo encontramos asociado a las grandes iniciativas editoriales, con la misma devoción de siempre. Los veinte tomos de sus *Obras*, dados a la luz pública por la editorial Seix Barral, de España, entre 1981 y 1998, contiene todo el quehacer del Maestro en el campo de las letras. La pasión por los libros le facilitó su identificación ante los entendidos como el gran bibliófilo y bibliógrafo que fue. Al frente de esta actividad llegó a formar una biblioteca superior a las 65.000 piezas, considerada entre las más importantes de Hispanoamérica. Hoy es patrimonio de la Universidad Metropolitana, por donación que hiciera su poseedor.

Además de los aspectos tratados debemos mencionar su célebre tertulia sabatina. Desde comienzos de la década de 1960, en la casa del Maestro se daban cita muchos amigos suyos, los sábados en la mañana. Allí se trataban temas políticos, históricos, literarios, artísticos, todo en un ambiente que bien podríamos denominar un culto a la amistad y al deseo de comunicarse y de conocer muchas cosas. En la lista de los contertulios de *Vilafranca*, allá en la calle Mohedano, en La Castellana, figuran: Rafael Caldera, Heraclio Atencio, Pedro Pablo Barnola, Efraín Subero, Juan Manuel Sucre Figarella, Manuel Díaz Ugueto, Ramón J. Velásquez, Lucas Guillermo Castillo Lara, Tomás Polanco Alcántara, Pablo Pulido, Mercedes Pulido de Briceño, Pedro Paz Orvárez, Eric Lambert, Rafael Armando Rojas, Pedro Pablo Azpúrua, Héctor Bencomo Barrios, entre otros. Todos recordamos con agrado aquellos encuentros sabatinos, verdaderas sesiones de una academia muy particular, la cual nos proporcionó invalorable provecho.

Y no sólo su familia se benefició con la bondad de Don Pedro: también sus numerosos amigos. Unos y otros ocuparon puesto preeminente en el trono del afecto y de la distinción con que fueron honrados por el Maestro.

Cuando Grases se incorporó a esta digna corporación el 21 de marzo de 1996, lo hacía para ocupar el sillón letra B, vacante por el deceso de Don Alfredo Boulton, quien a su vez había llenado el vacío producido por la partida de Don Mario Briceño Iragorry, sucesor de Don Lisandro Alvarado, quien fuera precedido por Don Rafael Villavicencio y Don Vicente Coronado. Este último figura entre los miembros fundadores de la Academia.

El Perú y sus procesos formativos

La República del Perú, al igual que todos los países del mundo, es el resultado de no pocos procesos formativos. Pero nos ocuparemos en este momento del

que se refiere a la fase final de la emancipación del país hermano. La razón de esta preferencia es la extensión de mi modesta exposición, la cual no debe tocar el límite de la paciencia de tan distinguida audiencia.

El Perú ante tres expediciones armadas

La situación del Perú en vísperas de su libertad aparece jalonada por tres expediciones armadas venidas de otras tierras, con propósitos bien definidos y dispuestas a coronar con éxito sus planes. La primera, con Pizarro a la cabeza, se apoderó del Perú, sin parar mientes en que ante sí tenía, no un territorio yermo y poblado sólo de salvajes y alimañas, sino el asiento de un imperio con atributos culturales muy avanzados.

En 1820, los peruanos saludaron aquel desembarco ejecutado en Paracas por una fuerza militar. Era la expedición mandada por el general Don José de San Martín, deseoso de plantar en el Perú el árbol de la libertad, como lo hiciera en Argentina y Chile. No alcanzó el general San Martín el objetivo propuesto, pero su actuación abrió el camino hacia la soñada meta.

La tercera expedición, bajo el general en jefe Simón Bolívar, secundado por el general de división Antonio José de Sucre, también buscaba la libertad del Perú. Los dos venezolanos, continuaron la obra de San Martín y la llevaron a feliz término mediante las acciones tácticas de Junín, el 6 de agosto y la de Ayacucho, el 9 de diciembre, ambas en 1824. Estos encuentros pertenecen a la campaña libertadora del Perú; es decir, la ejecución de los planes preparados durante los meses precedentes.

Bolívar y su legión de combatientes habían llegado como hermanos quienes, al hacer suya la causa de los peruanos, querían compartir con ellos los dones obtenidos en las acciones tácticas de Boyacá, Carabobo y Pichincha, definidoras de la existencia política de la República de Colombia (la Grande). Ciertos acontecimientos en el Perú obligaron al Congreso a poner en manos de Bolívar el mando supremo de la nación y, al hacerlo, le confiaba la “redención de los hijos del Sol”. Esta decisión se produjo el 10 de febrero de 1824. Una vez en posesión de tan elevado cargo y al considerar que había necesidad de una organización político-administrativa, acorde con la situación reinante, designó la ciudad de Trujillo capital provisional del Perú y asiento de los altos poderes, refundió en uno los ministerios del Estado y estableció en dicha ciudad el cuartel general de las fuerzas encargadas de la empresa antes citada. Pero las circunstancias imperantes hacían necesaria la reconstitución de este cuerpo armado. Así lo vio Bolívar y comprendió que las actividades por desarrollar estarían condenadas al fracaso sin este paso previo, y pocos meses después apareció lo que se conoció

como Ejército Unido Libertador del Perú, formado bajo los dictados de moralidad, disciplina y mística; sin olvidar su eficiencia combativa, representada por mandos idóneos, óptimo adiestramiento, una organización apropiada y la disponibilidad de suficientes medios de combate. Resultaría prolija en demasía la narración de los arbitrios de que se valió Simón Bolívar para poner en pie de combate este conjunto de combatientes, y por esta razón la hemos obviado. A mediados de junio de 1824, en Huaraz, abrió Bolívar las operaciones, cuya parte inicial lo llevó hacia la localidad de Cerro de Pasco, donde se concentró el Ejército Unido. El 2 de agosto, en la cercana pampa de Sacramento, el Libertador pasó revista a los diez mil hombres de todas las armas allí reunidos, y su presentación despertó justa admiración y produjo comentarios elogiosos. El general Guillermo Miller, en carta a un amigo suyo en Londres, decía que aquel ejército podía llevar a cabo una parada militar en el campo de Saint James y con ello llamaría la atención. Y el ciudadano Don José Sánchez Carrión también expresó su concepto cuando dijo que todo “cuanto pueda depender del arte de la guerra, está en favor del Ejército Unido”. Bolívar saludó a sus guerreros en aquella ocasión con una proclama cuyo final lo forman estas palabras: “El Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz hija de la victoria y aun la Europa liberal los contempla con encanto porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo”.

Cuatro días después la gélida pampa de Junín fue el escenario de la primera acción táctica de la campaña cuando, en sólo 45 minutos, los dominadores de siempre sufrieron un revés de funestas consecuencias para su causa. El comandante realista, teniente general José de Canterac, condujo sus fuerzas hacia la margen derecha del río Apurímac donde comprobó que, entre la batalla y la retirada, había tenido más de tres mil bajas y perdido las ricas áreas antes en su poder, y lo que es peor: aquel ejército, victorioso en el Perú durante catorce años de guerra, se hallaba presa de una gran depresión moral.

Por su parte, el Libertador se conformó con la ejecución de un seguimiento del enemigo por el Ejército Unido. Hacía esto por imposición de los muchos factores que impidieron la realización de una persecución activa. Ya en la ciudad de Huamanga (hoy Ayacucho) a finales de septiembre, inició la búsqueda de informaciones de todo género y llegó a la conclusión de que los realistas no estaban en capacidad de abrir operaciones ofensivas en un plazo más o menos corto. En función de esta apreciación, se trasladó a Lima para agilizar el movimiento de los refuerzos solicitados antes. El 24 de octubre llegó a la ciudad de Huancayo, donde le aguardaba la ley del 28 de julio, emitida por el Congreso de Colombia, con el cual, el citado cuerpo, no sólo revocaba las facultades extraordinarias que había dado a Bolívar y la autoridad para conferir ascensos, sino que le retiraba el mando de las tropas colombianas. En acatamiento de la ley en cuestión y también del decreto del Poder Ejecutivo del 2 de agosto, depositó en Sucre el mando definitivo del Ejército Unido Libertador del Perú.

Batalla de Ayacucho

Entre las primeras acciones del general Sucre, en su condición de Comandante del Ejército Unido, está la realización de un reconocimiento de las áreas cercanas al Apurímac, lo cual imponía la dispersión de algunas unidades. Las informaciones que, con frecuencia llegaban a su conocimiento, dieron fuerza a su apreciación de que no era inminente una ofensiva de los realistas. No fue así. El ejército contrario, ahora bajo el mando del teniente general José de la Serna y Martínez Hinojosa, virrey del Perú, se hallaba en áreas avanzadas en condiciones de lanzar una ofensiva contra los republicanos, acción que se inició el 25 de octubre con el cruce del Apurímac, con todo su ejército. El 31 de octubre, las unidades destacadas por Sucre en misiones de reconocimiento y exploración informaron acerca de este acontecimiento. En efecto, después de vadeado el río Apurímac, todo el ejército realista se dirigió al Oeste. Había comenzado su ofensiva, y la efectuaría por medio de una maniobra muy hábil, como veremos luego. Noticioso Sucre de este movimiento, se trasladó con su ejército a una zona más segura. El avance del enemigo había sorprendido a Sucre, y lo peor del caso, sus unidades se hallaban diseminadas, lo cual no permitía hacer frente al enemigo en corto plazo, en caso de ataque.

Volvamos con el Virrey de la Serna. La médula del plan ofensivo del jefe realista era una maniobra para interponerse entre el Ejército Unido y la costa y obligar a Sucre a empeñar batalla en condiciones desventajosas. Durante la ejecución de esta maniobra los realistas llegaron el 16 de noviembre a Huamanga. Grande tiene que haber sido la extrañeza del general de la Serna cuando advirtió que los republicanos no se hallaban en aquella localidad ni en sus adyacencias. ¿Qué había sucedido? Veamos. Informado Sucre, en Lambrama, del avance realista, llevó su ejército hacia Andahuaylas y, días después, en conocimiento del avance de los realistas hasta Huamanga, comprobó que éstos le habían cortado las comunicaciones con Lima y que pronto presentarían batalla.

Entretanto, con la información recibida en Huamanga el 16 de noviembre, el general de la Serna comprendió que había fallado en su maniobra por no haber mantenido contacto con las fuerzas a las cuales envolvía. Y, para rehacer su maniobra, efectuó una contramarcha que lo llevó hasta el río Pampas el 20 de noviembre. Allí encontró a los republicanos, pues Sucre había tomado posiciones en el cerro del Bombón, cercano al río antes citado, dispuesto a enfrentar a los realistas si éstos le atacaban. Sucre aguarda con tranquilidad porque, además de ocupar una magnífica posición defensiva, ha reunido en Andahuaylas suficientes suministros, lo cual le permitiría sostenerse mientras le llegase de la costa el apoyo necesario. El Virrey busca la batalla y para ello ejecuta algunos movimientos con objeto de provocar en Sucre alguna acción favorable a los realistas; pero el comandante republicano no abandonó sus posiciones porque vio, quizás, la probabilidad de un ataque por sus contrarios, en condiciones favorables para

ellos. Entonces el Virrey envió una división (la *Valdés*) al otro lado del Pampas, para amenazar la retaguardia del Ejército Unido, lo cual dio el resultado que buscaba su comandante. Al ver Sucre que una división había esguazado el río y que todo el ejército contrario podía ejecutar lo mismo, abandonó sus posiciones y emprendió la marcha hacia el Norte, seguido por la unidad antes mencionada. Por su parte, el Virrey se puso en marcha el primero de diciembre por la margen izquierda del Pampas, en forma paralela al movimiento ejecutado por Sucre. El 2 de diciembre llegó el general Sucre a Matará y desde allí prosiguió el 3 hacia el Norte. El mismo día, en horas de la tarde, se produjo el ataque ejecutado por la división *Valdés* contra el Ejército Unido en el paso de la quebrada de Collpahuayco. Fue un encuentro desgraciado para los republicanos, pues produjo en éstos 500 bajas entre muertos, heridos y prisioneros y la pérdida de gran cantidad de material de guerra.¹ Sucre continuó la marcha, para llegar el 4 de diciembre a la pampa de Tambo-Cangallo, donde se dispuso a presentar batalla al ejército contrario; pero de la Serna lo rehusó. Durante la noche del 4 al 5, levantando campamento, Sucre se trasladó con sus fuerzas hacia la pampa de Ayacucho y el 6 de diciembre estacionó en dicho campo.

El 5 en la mañana el virrey reanudó la marcha, en un intento de dar alcance a Sucre; mas no logró su propósito porque los republicanos le llevaban casi doce horas de ventaja. El día 8 de diciembre llegaba el ejército realista a las faldas del cerro Condorcunca (o Condorcanqui), frente a la posición ocupada por Sucre.

El campo de Ayacucho (“Rincón de los muertos”) es una llanura de pendiente suave, prolongación de las faldas del cerro Condorcunca.² No muy amplia, pero de suficiente extensión como para dar cabida a los 15 mil gladiadores que han de empeñarse en busca de gloria.

Al oeste de la llanura acomodó Sucre sus 5.780 combatientes, los cuales se hallaban repartidos en tres divisiones de infantería y una de caballería. Las divisiones de infantería tenían por comandantes al gran mariscal José de La Mar y a los generales de brigada José María Córdoba y Jacinto Lara, en tanto que la de caballería era regida por el general de brigada William Miller (inglés). Allí se han dado cita hombres de Alemania, Argentina, la actual Bolivia, Chile, Ecuador, Gran Bretaña, Nueva Granada (la Colombia de hoy) y Venezuela; todos dispuestos a conquistar el nombre de libertadores del Nuevo Mundo. La circunstancia de haber arribado los republicanos al campo de Ayacucho con suficiente anticipación con respecto a la llegada de los realistas, permitió a Sucre la elección de la parte del campo de batalla más ventajosa para sus planes.

1 Alfredo Guinassi Morán. General Trinidad Morán, p. 208.

2 El nombre de esta montaña se halla escrito en varias formas: Condorcunca, Cundurcunca, Condurcunca. En las enciclopedias consultadas está como Condorcanqui.

El comandante del ejército realista era secundado por el teniente general Don José de Canterac. Estaba formado este ejército por cuatro divisiones de infantería, una de caballería y 14 piezas de artillería de campaña. Eran 9.310 hombres anhelantes de la victoria, no sólo porque era su deber ante los mandos militares, sino porque veían en ello un medio para superar la delicada situación en que se hallaban por falta de vituallas y otros elementos. Al frente de las grandes unidades realistas se hallaban tres mariscales de campo (Jerónimo Valdés, Juan Antonio Monet y Alejandro González Villalobos) y cinco brigadieres (Valentín Feraz, Andrés García Camba, Ramón Gómez Bedoya, Fernando Cacho y Miguel Atero).

El general de división Antonio José de Sucre dispuso sus tropas de la manera siguiente: La primera división colombiana (Córdoba, con 2.100 hombres) ocupó el ala derecha. La división peruana (José de La Mar, 1.380 hombres) se situó en el ala izquierda. Detrás de los batallones de esta división tomó posición el regimiento de caballería *Húsares de Junín*. El resto de la división de caballería (700 jinetes, bajo el general Miller) quedó en el centro. La segunda división colombiana (general de brigada Jacinto Lara, con 1.600 hombres) constituyó la reserva. La única pieza de artillería fue emplazada en el centro, probablemente entre las divisiones *Córdoba* y *Miller*. Efectivos del ejército: 5.780 combatientes. La posición de Sucre tenía seguros sus flancos por unas barrancas, y por el frente no podía obrar la caballería enemiga de un modo uniforme y completo por causa de unas cortaduras, llamadas “locllas” por los naturales.

El dispositivo adoptado por el jefe realista era el siguiente: División *Valdés* (cuatro batallones de infantería, dos escuadrones de caballería y cuatro piezas de artillería), en el ala derecha. División *Monet* en el centro. División *Villalobos* en el ala izquierda. División *Ferraz* (caballería): el grueso entre las divisiones *Monet* y *Villalobos*, dos escuadrones con la división *Valdés* y el escuadrón de *Alabarderos* con el general de la Serna. De las 14 piezas de artillería, cuatro estaban agregadas a la división *Valdés* y las restantes fueron distribuidas en el frente, en los intervalos entre las grandes unidades. Algunas piezas no llegaron a ser emplazadas. Efectivos realistas presentes en la batalla: 9.310 hombres.

Durante la noche del 8 al 9, los republicanos llevaron a cabo una incursión contra los realistas, cuyo resultado fue muy satisfactorio. La ejecución de la misma estuvo a cargo de la división *Córdoba*, la cual adelantó algunas unidades hasta las inmediaciones de las primeras líneas enemigas, para descargar contra éstas nutrido fuego de fusilería, acompañado de los gritos de los combatientes, redobles de tambor y toques de corneta. Con este ataque los realistas tuvieron algunas bajas, entre éstas la muerte del comandante de uno de los batallones.

A tempranas horas del día 9 de diciembre, el comandante del ejército realista dio a conocer su plan de operaciones para el ataque. El mariscal de campo Valdés,

con su división, atacaría el flanco izquierdo republicano. Por el centro, la división del mariscal de campo Juan Antonio Monet debía descender hasta formar sus unidades, en espera de que Valdés empeñase su división con ventaja, para luego proceder al ataque por el frente. En la izquierda realista, la división *Villalobos* debía atacar el flanco derecho republicano, cuando Valdés se hubiese empeñado; la caballería debía descender al llano y formar a retaguardia por brigadas.

Las primeras horas de la mañana fueron empleadas por los dos ejércitos en el intercambio de fuegos de fusilería de sus cazadores y, por los realistas, en la ejecución de una preparación de artillería, la cual resultó ineficaz. La acción de los cazadores realistas, por el contrario, causó apreciable daño en la línea republicana, en particular en el batallón *Bogotá*. A las diez de la mañana emplazó el enemigo cinco piezas de batalla al pie del cerro mientras preparaba sus unidades de infantería y caballería. Por su parte, Sucre ordenó a sus tiradores que forzaran la posición donde los realistas emplazaban su batería.

La división *Valdés*, inició el ataque realista, cuando bajó por la quebrada que bordea la pampa por el norte, para tratar de ejecutar el desbordamiento de la posición republicana por la izquierda. En el centro formaban los cinco batallones de Monet, con su izquierda apoyada en los tres escuadrones de caballería y cinco cañones, ya en batería. En las alturas frente a la derecha quedaron los cuerpos de *Villalobos* y el escuadrón *Alabarderos del Virrey*.³ Con estas acciones previas iniciaba el Virrey la ejecución del plan que se había trazado: el despliegue de todas las fuerzas en la pampa, en espera de que Valdés cumpliera su parte contra la izquierda, para ejecutar el ataque contra el centro y la derecha del Ejército Unido. Esta posibilidad fue advertida por el general Sucre, como se deduce de su afirmación: “Observando que las masas del centro no estaban en orden aún y que el ataque de la izquierda se hallaba demasiado comprometido, mandé al señor general Córdoba que lo cargase [al centro] rápidamente con sus columnas, protegido por la caballería del señor general Miller”. Junto con esta orden, dispuso Sucre que los batallones *Vencedor en Boyacá* y *Vargas* pasasen en refuerzo de la división *La Mar* y que el *Rifles* quedase en reserva para rehacer el combate donde fuera menester.” Entretanto, con su penetración por la izquierda de la línea republicana, el general Valdés amenazaba la derecha de la división *La Mar* y se interponía entre ésta y la de Córdoba; pero el peligro fue conjurado por el contraataque ejecutado por el batallón *Vargas* y el regimiento *Húsares de Junín*; la unidad de infantería cargó por el frente, mientras que por los flancos actuaban los *Húsares*; los batallones realistas fueron disueltos. De manera simultánea, los cuatro batallones del mariscal *La Mar* y el batallón *Vencedor en Boyacá*, contraatacaron a los otros cuerpos de la derecha enemiga, los cuales corrieron

3 En el parte de la batalla, dice Sucre: “...y en la altura de nuestra izquierda...”, lo cual, evidentemente es un *lapsus calami*. (N del A).

igual suerte. Había fracasado el ataque de Valdés. Para dar cumplimiento a la orden de Sucre, referida antes, el general Córdoba comenzó su avance hacia el enemigo, en combinación con el movimiento de todas las unidades. La mayor parte de las fuerzas de la división *Villalobos* fue arrollada por la *Córdoba* la que, desplazándose a su izquierda, cargó contra la división *Monet*, que con sus batallones repartidos en dos brigadas se disponía al combate, para lo cual debía cruzar una quebrada (Iloclla). El choque de Córdoba contra Monet se produjo cuando la primera brigada realista (brigadier Juan Antonio Pardo) apenas había desplegado en tiradores un batallón en la orilla de la quebrada. Tan contundente fue el ataque de los republicanos que la brigada de Pardo quedó deshecha y, en su repliegue, desordenó a la segunda brigada que aún no había salvado el obstáculo.⁴ En aquel momento condujo el teniente general Canterac los dos batallones del *Gerona* hasta la línea donde Monet sufría los estragos causados por el contraataque republicano; pero estas unidades fueron puestas en derrota. Lo mismo sucedió al batallón del *Infante*, cuando trató de resistir. La actuación de la caballería realista, de igual manera resultó infeliz: todos sus encuentros terminaron en fracaso. En el momento crítico de la batalla formaron unos escuadrones (tres en total); pero, entrar en combate y ser destrozados por los *Húsares* de José Laurencio Silva, fue obra de un momento. La escena ha sido narrada por García Camba, en forma sucinta pero clara:

Los tres escuadrones formados recibieron orden de cargar desde sus respectivos puestos, lo que fue ejecutado con mayor prontitud y orden, y los lanceros de Colombia los esperaron a pie firme enristradas sus enormes lanzas. Esta novedad por segunda vez presenciada, y sin que hubiese tiempo y lugar bastante para meditarla, detuvo a nuestros soldados.⁵

Apunta García Camba que allí comenzó un encarnizado combate que dejó en el campo la mayor parte de los jinetes realistas, lo cual imposibilitó la continuación del descenso de dichas unidades de caballería. La afirmación de García Camba: “Esta novedad por segunda vez presenciada”, se originó en la escena vista por este oficial en la batalla de Junín el 6 de agosto donde, por vez primera, los realistas fueron víctimas de la destreza exhibida por los lanceros republicanos, con cuya acción causaron gran destrozo en las filas contrarias.

Los cuerpos del general Córdoba, fatigados por el ataque, fueron reemplazados por los del general Lara, unidades que debían unirse a la persecución que conducía el mariscal La Mar. Cuando la batalla tocaba su fin, los realistas eran perseguidos y cortados en todas direcciones; más de mil de sus combatientes,

4 Andrés García Camba. *Memorias*, . tomo II, p. 304.

5 *Ibid.*, p. 305.

incluido el Virrey, habían caído en manos de los republicanos, capturadas por éstos toda su artillería y gran cantidad de material de guerra, y muchos de sus soldados yacían en el campo. El combate había degenerado en rotundo fracaso para la causa realista. Así lo comprendió el teniente general Canterac cuando pidió al general Sucre una capitulación, la cual fue concedida, pese a que los republicanos estaban en posición de imponer una rendición incondicional, porque creyó Sucre “[...] digno de la generosidad americana conceder algunos honores a los rendidos que vencieron catorce años en el Perú[...].” Ese mismo día, los comandantes de los dos ejércitos contendientes firmaron el documento mediante el cual América del Sur aseguraba para siempre su independencia y su soberanía. Luego será el parte con las incidencias de la batalla, enviado por Sucre al Libertador. Impresionante en alto grado es el párrafo que da la relación de los oficiales realistas prisioneros de los republicanos, de las bajas habidas en la acción y del material capturado. Dice Sucre:

Se hallan por consecuencia en este momento en poder del Ejército Libertador los tenientes generales La Serna y Canterac; los mariscales Valdés, Carratalá, Monet, y Villalobos; los generales de brigada Bedoya, Ferraz; Camba, Somocurcio, Cacho, Atero, Landázuri, Vigil, Pardo y Tur, con 16 coroneles, 68 tenientes coroneles, 484 mayores y oficiales subalternos, más de dos mil prisioneros de tropa, inmensa cantidad de fusiles, todas las cajas de guerra, municiones y cuantos elementos militares poseían: 1.800 cadáveres enemigos y 700 heridos han sido en la batalla de Ayacucho las víctimas de la obstinación y de la temeridad española. *La campaña del Perú está terminada: su independencia y la paz de América se han firmado en este campo de batalla.*⁶

Para escuchar estas emotivas frases, el Perú y la América Hispana tuvieron que vivir tres siglos de víspera, los cuales se cumplieron el 9 de diciembre de 1824 en la pampa de Ayacucho. Allí sonó la hora inicial de un nuevo día: el primero de la ansiada independencia. A los 180 años de este acontecimiento, peruanos y venezolanos y, con ellos todos los pueblos de la gran familia americana, entonan himnos de alabanza y elevan al cielo su voz de agradecimiento al Ser Supremo por la gracia concedida: la de vivir sin ataduras y sin vasallaje.

Crítica

La batalla de Ayacucho, para los republicanos, es del tipo contra-ofensivo, muy parecida a la de Austerlitz (5 de diciembre de 1805), librada por el emperador

6 Sucre, op. cit. p. 496.

Napoleón Bonaparte contra el ejército austro-ruso. Sucre organizó una magnífica posición que, como él afirma, “[...] aunque dominada, tenía seguros sus flancos por unas barrancas, y por su frente, no podía obrar la caballería [enemiga] de un modo uniforme y completo.” La decisión para la organización de la posición surgió de las condiciones del terreno, del reconocimiento efectuado y de la llegada de Sucre al campo de batalla con apreciable anticipación. Esta tercera circunstancia le permitió la ejecución del citado reconocimiento del terreno y, en consecuencia, la escogencia de la parte más aparente para sus planes; además proporcionó a sus tropas un descanso de 36 horas, cuyos beneficios fueron evidentes.

El éxito de toda defensa reside en su parte dinámica: en los contraataques, de manera concreta, los cuales son ejecutados, ya delante de la posición defensiva o bien después que se ha producido la penetración; y un caso muy especial por su poca frecuencia: lo que llamaremos *contraataque anticipado*, el cual es ejecutado por el defensor contra fuerzas enemigas que aún no han comenzado el ataque y hasta contra una unidad que se halla distante de las áreas ocupadas por las fuerzas atacantes, pero con posibilidad para actuar en provecho de éstas. En la batalla de Ayacucho, los republicanos se lucieron con los tres tipos de contraataque mencionados: al batallón *Vargas* y al regimiento *Húsares de Junín* correspondió contraatacar a los dos batallones que habían penetrado por la derecha de la división peruana; esta misma división, reforzada por el batallón *Vencedor*, actuó contra el resto de la división *Valdés*, cuando ésta trataba de penetrar por la izquierda republicana. El tercer caso de contraataque lo describe Sucre con gran claridad en el parte oficial: “Observando que las masas del centro no estaban en orden... mandé al señor general Córdoba que lo cargase [al centro] rápidamente con sus columnas, protegido por la caballería del señor general Miller”. Es decir, Sucre ordenó un contraataque en momentos cuando la división *Monet* y el resto de la *Villalobos* no habían ganado la posición desde la cual lanzarían el ataque contra el centro republicano. En los tres casos se cumplieron los requisitos de todo contraataque: oportunidad, suficiente poder de combate y correcta elección del punto de aplicación de la fuerza contraatacante. En los demás aspectos de la batalla Sucre llevó a cabo las tareas exigidas por la táctica: organización, ubicación y empleo de la reserva; empleo de la caballería; emisión de órdenes oportunas para mantener vivo el combate; el reemplazo de unidades exhaustas, y algo muy importante como lo es la explotación que siguió al éxito obtenido, con lo cual cesó toda resistencia realista en el Perú.

El plan del jefe realista contemplaba como acción principal un ataque contra el centro republicano y acciones secundarias contra los flancos, a cargo de la división *Valdés* contra la izquierda, y de un batallón de la *Villalobos* contra la derecha. La elección de la dirección del ataque está subordinada a ciertas circunstancias del momento: si el ejército contrario tiene sus flancos inaccesibles, no puede el atacante hacer desbordamientos; tendrá que atacar de frente. El caso

realista no puede considerarse un error, pues su forma de ataque fue impuesta por el dispositivo de Sucre: “seguros sus flancos por una barranca” que, a su vez, explotaba las bondades del terreno. Recordemos que Bolívar venció a los realistas dos veces en Carabobo; en la primera ocasión (28 de mayo de 1814), su ataque fue frontal porque el jefe contrario había apoyado ambos flancos de sus fuerzas en sendas colinas. En la segunda (24 de junio de 1821), la decisión fue un desbordamiento del flanco derecho porque el jefe realista había protegido el flanco izquierdo y el centro de su dispositivo y dejado desguarnecida el ala derecha.

El terreno tuvo marcada influencia en el fracaso del ataque del Virrey, pues quedó comprobado que las “llocllas” en su frente retardaron el avance de las unidades hasta terreno despejado donde serían empeñadas. Esta circunstancia, unida al ojo avizor de Sucre, decidió la victoria para las armas republicanas.

Rechazamos la especie de que los realistas perdieron la batalla por errores en los planes y en su ejecución o falta de ánimo para el combate. En las filas realistas hubo también mucha bravura y suficiente eficiencia combativa. Sucre se ufanará en adelante de haber vencido lo mejor de España en América.

¡La campaña libertadora del Perú había durado sólo 177 días!

Las lecciones de Junín y Ayacucho

Es asunto bien sabido que mediante el estudio de los hechos históricos conocemos las lecciones que dimanar de éstos. Estas enseñanzas son de utilidad para todas las personas, en sus diferentes áreas profesionales; así los políticos verán los hechos que hablan con suficiente claridad de la eficiencia de los individuos que tuvieron en sus manos la responsabilidad de organizar el país para la gran empresa en que se hallaba comprometida la nación peruana, y podrán percibir de igual forma la orientación que le dieron para la conquista de los objetivos propuestos.

En el gran proceso estuvieron ausentes los discursos demagógicos porque no hubo tiempo para ello, pues la situación demandaba la intervención de los dirigentes en un cúmulo de tareas de urgente ejecución.

Bolívar, Sucre, La Mar, Sánchez Carrión y otros, consideraron que lo más importante era la penetración de la conciencia de los republicanos, con el concepto de que la libertad del Perú era asunto de la responsabilidad no sólo de la fuerza armada sino de todos los habitantes y de los diversos medios, reales y potenciales, en capacidad de prestar su ayuda. Los dirigentes pusieron en práctica el tipo de guerra que había sido anunciado por la Convención francesa el 23 de agosto de

1793 y que, en cierto modo, el gobierno francés, seguía los dictados de la idea propuesta y defendida por Jacobo Guibert en 1791: “La permanente requisición de todos los ciudadanos franceses para la defensa del país.” Dijo la Convención:

Las actividades bélicas se harían sin medida y con participación de todos los habitantes y de cuantos recursos del país fueren susceptibles de ser empleados para la guerra. Los jóvenes, los casados, las mujeres, los niños y los ancianos intervendrán en la lucha en la medida de sus posibilidades; los edificios, los medios de transporte y los caballos, lo mismo que las vituallas y otros medios para la subsistencia de las tropas serán elementos básicos de utilidad bélica.⁷

En las operaciones para la emancipación del Perú aparece Bolívar como fiel seguidor de lo anunciado por Francia en 1793, y la ratificación de este aserto la vemos en la afirmación de Carlos Dellepiane, historiador peruano citado por quienes hablamos de la libertad de la República peruana. Dice:

Bolívar fusiló, arrebató los tesoros de los templos, puso la mano en la fortuna pública y privada, y no vaciló en imponer su voluntad por cualquier medio y a pesar de todo; pero de esta manera, logró que nadie ni nada dejaran de concurrir a la lucha empeñada para dar libertad al Continente.”⁸

No obstante la dureza de este juicio, el autor no miente al pronunciarlo. Afirma el mismo autor que el Libertador “fabricó un arma –el ejército de Junín y Ayacucho– que forjó pieza por pieza: moral y disciplina, fuerzas del espíritu; víveres y vestidos, elementos necesarios al cuerpo; organización e instrucción, condiciones militares que no se pueden eludir”.⁹

Durante el mando, tanto político como militar, los líderes se mantuvieron muy alejados de los actos de corrupción de todas las especies. Nadie se enriqueció ni usó de su influencia para la obtención de bienes y posición. El Estado peruano decretó un millón de pesos para Bolívar y otro para las tropas, como una recompensa a los evidentes servicios prestados. Bolívar aceptó sólo el millón asignado a las tropas y rechazó lo que a él correspondía. Cuando el general Sucre fue proclamado Jefe Supremo Militar del Perú, en 1823, el Congreso peruano le asignó diez mil pesos anuales en calidad de sueldo; pero Sucre no los aceptó, con la excusa de que el gobierno de Colombia le asistía con lo necesario para sus gastos no quería gravar la tesorería del Perú con un desembolso adicional.

7 Jacobo Guibert. Diccionario Enciclopédico Hispanoamericano, tomo X, p. 924.

8 Dellepiane, op. cit., tomo I, p. 201.

9 *Ibid.*, p. 187.

Hubo eficiencia combativa, que es la condición nacida del buen adiestramiento de los cuadros y de las tropas, de la disponibilidad de material de guerra y suministros en general, sin olvidar la bravura de los guerreros republicanos. Y los oficiales encargados de los mandos militares, en todo momento y lugar dieron pruebas de su idoneidad porque ellos conocían a sus hombres y las capacidades de éstos tan bien como la misión que debían cumplir.

Fue respetada la condición humana de los combatientes que tuvieron la desgracia de hallarse en manos del vencedor. ¿Qué es la capitulación acordada a los realistas en Ayacucho, sino el resultado de la generosidad de Sucre? Así lo afirma en el parte de la jornada, cuando dice que, al hacerlo, estaba consciente de que la posición ventajosa en que se hallaba, lo colocaba en condiciones de imponer al contrario una rendición incondicional, porque consideró digno de la generosidad del pueblo americano “conceder algunos honores a los rendidos que vencieron 14 años en el Perú”.

Todos los oficiales del Ejército Unido pusieron de resalto su aptitud especial en el momento de aceptar los rigores de la guerra en obsequio de los objetivos que ésta perseguía; cualidad exaltada por el desprendimiento y la abnegación. Es lo que bien puede llamarse vocación de servicio. José de La Mar era el comandante de la división peruana, constitutiva del Ejército Unido Libertador. Había aceptado esta designación sin titubeo y sin protesta. No le importó ponerse bajo las órdenes de Sucre, quien no sólo era 19 años menor sino de grado inferior en la jerarquía castrense: La Mar ostentaba el grado de Gran Mariscal, mientras que su jefe era general de división.

Señoras y señores: Los ciudadanos, titulares que fueron del sillón B, a la par que me enaltecen en grado eminente, me han señalado el compromiso que debo asumir, para lo cual carezco de sus dotes intelectuales; pero trataré de compensar esta deficiencia con esfuerzo en obsequio de la corporación que hoy me coloca entre sus integrantes. Y ese esfuerzo será sustentado por asiduidad, cumplimiento de las tareas inherentes a la función de académico, desempeño, de buen grado, de las comisiones asignadas, fomento y conservación de relaciones cordiales con todos los compañeros y algo muy importante: debo tener conciencia de que mi deseo no es servirme de la Academia, sino servirla y honrarla. La Fuerza Armada y la Academia Nacional de la Historia son las dos instituciones que llenan mi existencia y por ello han capitalizado el afecto, la admiración y el respeto de este humilde servidor.

Bibliografía

ARCHIVO DEL LIBERTADOR. Sección Archivo del Gran Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre, tomo VI.

ARCHIVO DE SUCRE. Tomos II y IV. Fundación Vicente Lecuna. Caracas, 1974-1976.

BORRERO, Alfonso María. **Ayacucho.** Cuenca, Talleres Gráficos de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. 1974.

DELLEPIANE, Carlos. **Historia militar del Perú.** Dos tomos. Quinta edición. Biblioteca Militar del Oficial. Lima, 1965.

Diccionario Enciclopédico Hispanoamericano. Estados Unidos de Norte América. The Colonial Press. Inc. Impresores. S/F. Tomo X.

ESCRITOS DEL LIBERTADOR. Tomo V. Caracas. Editorial Arte. 1965.

GACETA DE COLOMBIA. Edición facsimilar. Bogotá. Talleres gráficos Italgaf S. A. 1975.

GACETA DEL GOBIERNO [del Perú]. Tomo II. Reproducción facsimilar. Fundación Eugenio Mendoza. Caracas, 1967.

García Camba, Andrés. **Memorias**, tomo II. Madrid, Biblioteca Ayacucho N° 7.

Guinassi Morán, Alfredo. **El General Trinidad Morán.** Caracas, Dirección de Cartografía Nacional. 1974.

Memorias del General O'leary. Tomo XXII. Caracas. Imprenta de *El Monitor*. 1883.

Registro de Órdenes Generales. Reproducción facsimilar de: *República de Colombia. Estado Mayor Libertador. Registro de órdenes generales desde el 20 de marzo de 1823.* Santiago de Chile. Sin pie de imprenta ni fecha.